

Esta objecion es muy filosófica, si se circunscribe á ciertos límites; pero tomado de una manera muy general ó absoluta, seria una terrible barrera que se opondria al progreso de la ciencia, porque aunque viésemos un fenómeno repetido con mucha frecuencia, suspenderíamos el juicio acerca del mismo, esperando nuevos casos en que dejase de aparecer; y como esto seria indefinido, nunca nos atreveríamos á establecer consecuencias, es decir, que nos convertiríamos en unos verdaderos pirrónicos.

La máxima que trata de inculcarse en esta objecion, tiene cierta analogía con lo que sucede en algunos análisis químicos, segun se opera en cantidades grandes ó pequeñas, pues en este último caso se incurre ó puede incurrir en error que se rectifica en el primero. Así ha sucedido en el análisis de las quinas gris, amarilla y roja, pues habiéndose hecho en pequeño, se ha dicho respecto á los alcaloides quinina y cinconina, que la gris contiene cinconina pero no quinina; la amarilla, quinina, pero no cinconina: la roja, quinina y cinconina á la vez: pero verificados los análisis en alta escala, ó sea sujetando á ellos grandes cantidades de quinas de las tres clases referidas, se ha rectificado el juicio, por haberse demostrado que dichos principios inmediatos existen simultáneamente en las tres especies de quina mencionadas, pero que en la gris, la cinconina está relativamente á la quinina, en cantidad mucho mayor; sucediendo lo contrario en la amarilla, en la cual predomina la quinina de tal manera, que no es extraño que la cinconina se escape si se opera en cortas cantidades: por fin, que la cinconina y la quinina son muy abundantes en la quina roja.

No hay la menor duda de que no solo es sumamente ventajoso, sinó hasta necesario, comprender en los cálculos numéricos el mayor número posible de hechos análogos; pero así como esta circunstancia favorece el descubrimiento de la verdad, la pretension de buscar un número definido, se opone abiertamente al mismo. Aquí es de rigurosa aplicacion aquella máxima que dice: «Lo mejor es enemigo de lo bueno.»

Por lo demás, confesaremos que la estadística solo puede aplicarse á los hechos consumados, y que no pretende establecer desde hoy las leyes de la ciencia, y fijar una meta mas allá de la cual no pueda ya agitarse el espíritu humano en busca de nuevos hechos y descubrimientos. Al contrario, el estadista no

solo no cree inútil el que otros apliquen el método en cuestion á los objetos á que él lo ha aplicado ya, sino que lo considera útil, ora por la ratificacion, ora para la rectificacion de las consecuencias que él mismo ha sacado. Inútil es decir, que cuanto mas sancionado esté un punto cualquiera por la estadística, hay menor necesidad de que sean muy numerosos los hechos que han de confirmar mas y mas dicho punto.

8.º El método numérico, dicen, conduce á términos medios ficticios, que no son de ninguna utilidad para la patología, ni la terapéutica.» Concedemos que dicho método mal aplicado conduzca á los términos medios ficticios de que se habla; pero negamos rotundamente que conduzca á ellos, si se aplica de una manera lógica y racional. Un ejemplo muy sencillo bastará para aclarar este concepto. Todos sabemos que la pulmonía es una enfermedad muy grave; pero esta gravedad sube extraordinariamente de punto, cuando recae en niños y en viejos. Ahora bien, si para averiguar el *término medio* de los que sucumben de dicha afeccion, se confundiesen en un solo cuadro estadístico, los niños, los adultos y los viejos, necesariamente seria falso el resultado deducido de la estadística, por la circunstancia antes mencionada de los mayores estragos que hace en las enfermedades extremas. Si se forma, empero, un cuadro estadístico para la infancia, otro para la edad adulta, y otro para la vejez, los resultados no podrán menos de ser la expresion de la verdad, y por consiguiente se obtendrá el verdadero término medio de mortalidad, propio de cada uno de los tres referidos períodos de la vida. Lo mismo diremos si en virtud de datos estadísticos quisiésemos averiguar las cantidades de sangre que por *término medio* deben extraerse de un pulmoníaco, pues si se confundiesen en un solo cuadro estadístico las tres edades ya mencionadas, no podria menos de ser falso el cálculo, porque es muy notorio que deben scasearse las evacuaciones de sangre en el primero y último término de la vida, que prodigamos, por decirlo así, en el medio. Háganse las mismas reflexiones acerca de los temperamentos, constituciones, idiosincrasias, género de vida, etc., y se verá que los *términos medios ficticios* de que se habla, solo pueden ser hijos del mal uso de la estadística.

9.º Se ha dicho por fin: «Si se adoptase el método numérico, igualaria á todos los médicos. — Si la terapéutica pudiera arre-

glarse á los guarismos de los estadistas, habria mas mérito en ser zapatero, que en cuidar una enfermedad.» Si bien esta objecion formulada en la célebre sesion de la Academia Real de Medicina de París, que tuvo lugar en 25 de abril de 1837 y siguientes, no merece los honores de una série reputacion, ya por haber olvidado sus autores, arrastrados por el torbellino de las pasiones, que se trataba de la ciencia mas difícil y elevada, pues de otro modo no hubieran osado compararlo á un oficio de mezuquina esfera, diremos sin embargo, para confundir y anonadar á estos serviles adoradores de su amor propio, que si hubiesen sacrificado éste á una severa lógica, hubieran conocido que el médico experimentador que emplea la estadística, no la emplea ni puede emplearla como un empírico, como un rutinario, sino como un hombre de ciencia, y adornado de multitud de conocimientos, que son los antecedentes ó premisas indispensables para verificar los ensayos estadísticos, sin cuyos conocimientos no podrian estos realizarse, porque faltaria la materia de aplicacion. No teman estos doctores la igualdad científica entre los médicos, que tanto parece asustarles, pues en una ciencia tan difícil, como es la medicina, siempre descollarán los grandes talentos, y serán otros tantos faros que arrojarán vivísima luz para guiar nuestros inciertos y vacilantes pasos. ¡Ojalá se confirmasen los temores de los anti-estadistas, de que el método numérico igualase á todos los médicos, pues así se reduciria el arte mas difícil á algunas reglas tan sencillas y claras, que alcanzaria á aplicarlas con la mayor oportunidad la inteligencia mas escasa y limitada! Entonces, en vez de dirigirle un amargo voto de censura, deberian levantarle altares y hasta divinizarlo.

Examinadas ya y rebatidas las principales objeciones que se han dirigido al método numérico aplicado á los hechos patológicos, cerraremos esta discusion con las siguientes palabras de Bouillaud, en su *Filosofía médica*: «Concluyamos, en resolucion, que el método numérico aplicado á hechos bien observados, bien clasificados y bien equiparados, es, en el estado actual de la terapéutica, un medio poderoso de demostracion, cuya utilidad solo pueden desconocer la ignorancia ó la pereza.»

LECCION XVIII.

Experiencia en medicina: uno de sus principales elementos es el tiempo. — Diferencia entre ella y la rutina. — Experiencia falsa. — Idem verdadera: ésta puede ser tradicional, comunicada y propia. — La experiencia debe ser razonada.

Definición de la experiencia en medicina.

La experiencia en medicina, según digimos ya en la lección xv, es el conocimiento adquirido por las repetidas observaciones y experimentos verificados á la cabecera del enfermo, de todo lo que puede contribuir al diagnóstico y curación de las enfermedades, no menos que á la formación de un pronóstico acertado.

Uno de los principales elementos de la experiencia es el tiempo.

Uno de los principales elementos de la experiencia es el tiempo; verdad consignada ya por el célebre Baglivi, cuando dijo: *Medicina non ingenii humani partus est, sed temporis filia*. Permitásenos, sin embargo, que acatando, cual se merece, la poderosa autoridad del Hipócrates romano, no admitamos al pie de la letra semejante máxima, sentido en que tampoco pudo él transmitírnosla, pues no se le ocultaría que no siempre es la experiencia el fruto de la edad, porque no basta haber visto mucho, sino bien y con reflexión. Creemos que se espresaría en semejantes términos, para manifestar de un modo mas significativo la alta importancia del tiempo en este particular. Como consecuencia de este principio, son generalmente preferidos en la práctica los médicos de mas edad, y con razón; pero no olvidemos que para sacar fruto de la edad, es preciso que con ella crezcan simultáneamente el número de hechos *bien* observados y la experiencia. En efecto, un médico puede ser todavía jóven, y

haber observado ya repetidas veces y con conocimiento de causa, hechos de cierta clase. Esta experiencia anticipada puede equipararse á la de un anciano, sobre todo si el primero reúne quizás mas dotes de buen observador que el segundo, pues si se da tanta importancia á la edad, es porque se supone que las otras condiciones ya científicas, ya intelectuales, están á corta diferencia equilibradas en el jóven y en el viejo. «Si el espíritu de observacion, dice Chomel, estuviese repartido entre todos de igual modo, se podría juzgar de la experiencia, como lo hace el vulgo, con arreglo al número de años; pero la facultad de observar existe entre los hombres en grados tan diferentes, que nunca podrá medirse la experiencia por la edad. Cada año que pasa, se aumenta la experiencia de algunos, mientras que en otros la mas larga existencia no podrá dársela.» Por razon de la mayor experiencia, hija ya del gran número de enfermedades que se ven, ya de dedicarse á cierta clase de ellas, acuden muy á menudo los enfermos para el alivio ó curacion de sus males, á los médicos de numerosa clientela, ó de los hospitales, ó de las clínicas, ó á los que se dedican á especialidades.

Como última prueba de lo que va dicho, no podemos menos de aducir el siguiente pasaje de un médico tan autorizado, como lo es Cabanis: «Indudablemente, dice, el hombre que viera salir el sol por primera vez, si no hubiese adquirido por otro conducto ninguna noticia particular de la marcha de este astro, no tendría razon para pensar que iba á elevarse hasta lo alto de los cielos; y cuando le viese trasponer los mares, tampoco, tendría motivo para esperarle de nuevo al dia siguiente; mas cuando la experiencia de los siglos nos ha manifestado que este orden es constante, cuando todos los monumentos y todas las tradiciones nos demuestran que nunca se ha alterado, no concebimos la mas leve duda acerca de su continuacion futura, y cuanto mas se multiplican los hechos que comprueban ese orden, mas valor tiene la experiencia, y adquieren mas certidumbre las conclusiones que de ella se deducen.»

Diferencia entre la experiencia y la rutina.

Algunos han confundido la experiencia con la rutina, dos cosas que, si bien tienen algo de comun, cual es la repeticion de unos mismos actos, se diferencia mucho, sin embargo; pues en aquella la repeticion de actos es, por decirlo así, activa, solicitada, estudiada, científica, con conocimiento de causa, enlazada

con varios fenómenos patológicos y otros casos análogos, de la cual sacamos inmensas ventajas y ópimos frutos en pró de la humanidad; al paso que en la otra la mencionada repetición de actos es espontánea y en cierto modo automática, sin enlace, ni estudio, ni conocimiento de causa, ni beneficio de la humanidad, ni adelanto de la ciencia: un médico instruido y buen observador ejercita y posee la experiencia: un sacerdote, una hermana de caridad, un practicante, un enfermero que se dedican á la tarea mas noble y cristiana que imaginarse pueda, cual es la de prestar los auxilios espirituales y temporales á los enfermos de mayor ó menor gravedad y hasta á los moribundos, cuya especial fisonomía, que tanto aterra al vulgo, nos indica el tránsito de nuestra alma del mundo de las ilusiones al de las realidades, del mundo físico, al inmaterial; estos, repetimos, por la costumbre que tienen de presenciar escenas siempre tristes, siempre desgarradoras, compensadas, sin embargo, muchas veces por las lágrimas de gratitud, poseen y ejercitan la rutina.

Hay varias clases de experiencia. Zimmermann la divide en falsa y verdadera, pudiendo esta subdividirse en tradicional, comunicada y propia. Llámase falsa la que es el resultado de observaciones mal hechas, incompletas y confundidas entre sí, á pesar de su diversidad, y que conducen al empirismo. La verdadera es la que solo está basada en hechos positivos, bien observados, recogidos con atención, prudencia y sagacidad, conservados por una memoria fiel y sometidos á un juicio recto y severo. La tradicional es la que nos han legado los siglos anteriores á nosotros, por medio de la tradición, de los escritos, y de los libros; no se origina de un médico, de una obra ó de una escuela, sino de la ciencia toda. Por ella sabemos que la quina cura las enfermedades periódicas y especialmente las fiebres intermitentes, que el ópio calma el dolor y produce el sueño, que el azufre cura la sarna y otras enfermedades cutáneas, el mercurio, la sífilis, etc. La comunicada es la que adquiere el alumno á la cabecera de la cama de los enfermos, bajo la dirección de los catedráticos de clínica ó de los profesores de hospitales, de los cuales aprende el modo de reconocer prácticamente á los enfermos, de establecer los diagnósticos y pronósticos y últimamente prescribir los planes de curación: en tanto es así, en cuanto vemos todos los dias en las clínicas, que en los casos de

Expe-
riencia
falsa.

Expe-
riencia
verdadera.

Expe-
riencia
tradicio-
nal.

Expe-
riencia
comuni-
cada.

diagnóstico mas ó menos fácil, el alumno que vé préviamente al enfermo, no solo presume los medios de diagnóstico que pondrá en juego el profesor, el juicio que en su consecuencia formará, las mayores, ó menores, ó quizás ningunas esperanzas que concebirá acerca de la curacion, sinó tambien el plan de curacion que adoptará en general, llegando al estremo de fijar detalladamente los medios de que se valdrá. ¿Y á qué se debe esta série de cálculos tan acertados? A la experiencia comunicada por el profesor al alumno, reflejándose en éste las ideas de aquel, por haberle visto repetidas veces tratar casos análogos, é mas ó menos semejantes; de modo que no es infrecuente conocer por las prescripciones del discípulo, cual sea el catedrático de quien ha recibido el precioso tesoro de la experiencia comunicada. En una vasta enfermería, que no es mas que un laboratorio necesario para hacer las observaciones y experimentos médicos, y una rica galería en que se hallan expuestos los retratos instructivos, que los libros pintan siempre con alguna imperfeccion, segun la feliz comparacion de nuestro paisano el Dr. Piguillem; en una vasta enfermería, repetimos, el alumno aprende por la experiencia comunicada lo que no puede conocer sinó de una manera muy imperfecta por la tradicional, porque aprende por la imitacion lo que muchas veces no es susceptible de explicacion, ni puede comunicarse por medio de palabras, ni de los libros, sinó impresionando nuestros sentidos; por eso la enseñanza clínica es mas provechosa que todas las otras, porque estudiamos las enfermedades en el gran libro de la naturaleza, ó sea en la Humanidad doliente; por eso establece ella una diferencia tan notable como universalmente reconocida entre los médicos que respiran de continuo la nefítica atmósfera de los hospitales, y los que pasan su vida en el sosegado y puro ambiente de su gabinete, viendo tan solo con los ojos del alma, si se permite esta comparacion, lo que aquellos ven con los del cuerpo, y apreciando tan solo *imperfectamente à priori*, lo que aquellos aprenden y conocen *perfectamente à posteriori*: por esto, en fin, se ha dicho con mucha oportunidad: «la medicina no se aprende sinó con los médicos y los enfermos; nadie se hace médico por sí solo, y es menester un guia experimentado para no extraviarse en los sistemas, ó dar en el empirismo.»

Igual concepto expresaba en 1817, en un discurso inau-

gural, el ya citado Dr. Piguillem, catedrático de medicina práctica de Barcelona. «Es una máxima, decia, generalmente recibida desde tiempo inmemorial, que las enfermedades se curan en la cátedra, mientras que los enfermos se mueren en sus camas. Ni es del todo infundada semejante opinion, como otras muchas que corren en el vulgo, atendido el método con que se ha enseñado la medicina en las escuelas, por el dilatado espacio de muchos siglos. Confirmada en los claustros de las Universidades, y avasallada por el espíritu dominante del *ergotismo*, se habia perdido enteramente de vista su principal objeto. Ocupados únicamente los profesores de su parte teórica y filosófica, olvidaron del todo la mas útil, que es la práctica y experimental.

Semejantes abusos, que tanto detrimento han ocasionado al arte de curar, procedian de haberse adoptado una enseñanza que, prefiriendo el método de disertar y raciocinar, al de observar y demostrar los hechos, jamás hablaba á los sentidos, y léjos de convencer, no hacia mas que llenar de incertidumbre y confusion, manantial el mas fecundo de disputas interminables y de errores los mas groseros. Esto explica por qué muchos médicos, que brillaban en la cátedra con un esplendor que deslumbraba, lucian muy poco en la cabecera de los enfermos, y eran muy desgraciados prácticos, porque solo se habian esmerado en formarse teóricos sobresalientes.»

La experiencia comunicada desempeña en el ejercicio de la medicina un papel de tan alto interés, que apenas se encontrará un práctico de nota y de fama bien merecida que no haya adquirido sus conocimientos prácticos en la clínica ó visita de algun maestro experimentado. Díganlo sino las notabilidades médicas Gaubius, Wan-Swieten, de Haen, Hoffmann y Zimmermann, que fueron discípulos de la escuela del famoso Boerhaave. Lo mismo podríamos decir de las bellas artes. ¿Quién ignora el extraordinario número de pintores y arquitectos de nota que han producido las renombradas Escuelas de los célebres Rafael de Urbino y Miguel Angel?

Otro tanto sucede en las demás ciencias y artes, porque en todas ellas hay algo de especial, un «no sé qué,» como dice muy bien el Dr. Foix, que no se aprende sino con la práctica y al lado de buenos maestros. Debemos advertir que Chomel da el nombre

de medicina de tradicion , á lo que nosotros llamamos experiencia comunicada.

Expe-
riencia
propia.

La experiencia propia , que se llama tambien individual , es la que adquiere y va progresivamente aumentando el médico, apoyada en la observacion y esperimentos propios, y consiste como ha dicho Zimmermann, en la habilidad de preservar el cuerpo humano de las enfermedades á que está expuesto y asistirle en las que le acometan. Como resultado de la observacion y de la experiencia , ya comunicada , ya propia , adquiere el médico lo que se llama *tino práctico*, en virtud del cual el que tiene la suerte de poseerlo, ejerce con mayor facilidad y acierto su profesion. Este no es otra cosa , segun dicen muy bien los señores Oms y Ferreras en su *Tratado de Terapéutica general*, que «una habilidad particular, un modo especial de ver y observar, por el cual con un solo golpe de vista, si así puede decirse, conoce el práctico la enfermedad que va á tratar, el método curativo que ha de emplear, y aun en muchos casos, las esperanzas que puede concebir, ó sea, la terminacion que el mal puede tener.» Si bien el mayor ó menor tino práctico está en relacion con la mayor ó menor asiduidad en una buena observacion y en esperimentos esrupulosos; sin embargo, preciso es confesar que no depende todo de estas circunstancias, sino que hay algo, y tal vez mucho, que pertenece á un origen mas elevado, es decir, que es innato. Por esta razon vemos á menudo que dos prácticos de igual edad, talento, instruccion y espíritu de observacion, presentan inmensa diferencia en el grado de su tino práctico. Se ha dicho que la experiencia individual muere con el individuo. Esto es una equivocacion , ó por lo menos una exageracion manifiesta. Por lo que hemos indicado al ocuparnos de la experiencia comunicada , se viene en conocimiento de que esas dotes son transmisibles, sin que pretendamos lo sean de una manera absoluta.

La espe-
riencia
debe ser
razonada.

La observacion y la experiencia no han de funcionar y guiar nuestros pasos en la curacion de las enfermedades , solos ó abandonadas á sí mismas, sino acompañadas y robustecidas con el raciocinio. Este marca de una manera mas ó menos clara y evidente las analogías y enlace que existen entre varias enfermedades, lo que nos impulsa á emplear en su curacion, con muy buenos resultados á menudo, medios terapéuticos que fueron coronados del mejor éxito en casos iguales, análogos ó semejan-

tes. Seguramente no llegarían á este fin por sí solas la observación y la experiencia. En una palabra, éstas deben ser razonadas, no pueden desentenderse del raciocinio, como aconseja el ciego empirismo. « Un empírico en medicina, dice Zimmermann tantas veces citado, es un hombre que sin pensar siquiera en las operaciones de la naturaleza, en los signos, causas de las enfermedades, indicaciones, métodos y, sobre todo, en los descubrimientos de los diferentes siglos, pregunta el nombre de una enfermedad, propina sus drogas á la ventura, ó las distribuye por todas partes, sigue su rutina y desconoce su arte. La experiencia de un empírico siempre es falsa, porque ejerce su arte sin conocerle, y sigue las recetas de los demás, sin examinar sus causas, su espíritu y su fin.» Debe, sin embargo, ponerse un exquisito cuidado en que, deseando evitar un extremo, no caigamos en otro, sucediendo lo de la fábula *cecidit in Scyllam cupiens vitare Caribdim*. Decimos esto porque el raciocinio, que está llamado á secundar los esfuerzos de la observación y experiencia, debe ser, según aconseja el ilustre Sydenham, « simple y natural el que da el sentido común, y es como la *consecuencia inmediata* de los hechos observados.» Nosotros diríamos en pocas palabras, que ha de ser tan solo el que presta la lógica natural en una persona de talento despejado, pues el carácter especial de la medicina rechaza una larga serie de argumentos eslabonados unos con otros con mas ó menos pericia, aunque sean deducciones legítimas de premisas ó principios verdaderos, pues no titubeamos en asegurar que en casos semejantes la lógica severa conduce al error. Esta parece una idea aventurada y que hasta repugna al sentido común. Nada de eso. La siguiente máxima, por desgracia demasiado cierta, nos explica este arcano: « La medicina es un arte muy difícil, porque todo son generalidades en la teoría, y todo particularidades en la práctica.» Pocos enfermos necesitamos ver, para quedar completamente convencidos de la verdad de dicha máxima. Los diversos sistemas apoyados en el humorismo, solidismo, vitalismo, debilidad, irritación, alteraciones físicas ó químicas de nuestro cuerpo, homeopaticidad, etc., nos dan de eso una triste prueba, pues todos ellos se apoyan en alguna verdad que se trueca en error desde el momento en que se generaliza, y en que se quiere, por lo tanto, explicar por ella todos los fenómenos patológicos. Rechacemos, pues, con

todas nuestras fuerzas las disolventes ideas de aquellos que, halagados por las teorías físicas, químicas ú otras cualesquiera, han pretendido fundar la terapéutica en otras bases que no sean la observacion y la experiencia, habiendo querido entrever la posibilidad de establecer sobre nuevos fundamentos el plan curativo de las enfermedades.

No podemos menos de aducir una oportunísima reflexion que acerca del valor de la experiencia hace Gintrac, en su *Tratado teórico y clínico de patología interna y de terapéutica médica*, con la solucion que el mismo da. Se expresa así: «Hipócrates ha dicho en el primero de sus aforismos, *experientia fallax*. ¿Cómo conciliar, pues, la veneracion de que generalmente es objeto la experiencia con la desconfianza que inspira al padre de la medicina? Distinguiendo la experiencia general que reasume los trabajos del mayor número de observadores, y cuyos decretos tienen fuerza de ley, de la experiencia individual, que está muy léjos de ser infalible.»

Terminemos, pues, este capítulo diciendo, que la experiencia, razonada como se supone, es la última trinchera donde se hace inexpugnable la medicina, y la mas firme áncora de salvacion: á su voz enmudece el racionio, se desploman las hipótesis y se acatan sus mandatos: ella es, por fin, la que mueve con energía nuestro brazo en los casos apurados, en que es preciso tomar resoluciones atrevidas, y la que lo paraliza en aquellos en que bastándose á sí sola la naturaleza, conviene una prudente espectacion. Por último, grabemos en nuestra imaginacion con caracteres indelebles aquella máxima de Chomel que antes hemos citado: «La experiencia es el tribunal supremo y sin apelacion, al que debemos recurrir en materias clínicas.»

LECCION XIX.

¿ Es preferible para los intereses de la Humanidad, el ejercicio simultáneo, ó el aislado de la medicina y cirugía?

A primera vista quizás se crea estemporánea la dilucidacion de este punto, ya por el sitio en que lo colocamos, ya por su misma íntima naturaleza, pues siendo cuestion que se ha ventilado con muchísimo ahinco por personas muy autorizadas, parece, cuando menos, supérfluo, y hasta inoportuno tal vez, que se saque de nuevo á la palestra, mayormente cuando no se ocupan de ella las obras de prolegómenos clínicos.

Sin embargo, no lo consideramos así: el sitio es el mas oportuno, porque la solucion que en nuestro concepto debe darse á este problema, es una deducccion lógica de todo lo que hemos dicho en la leccion anterior, basta recordar que vivimos felizmente en una época iniciada en la medicina por Broussais, en que, si bien se acata al principio de autoridad, no ejerce, sin embargo, la ruda presion que ejercia antes, en que desapareció de la escena el ominoso fantasma del *magister dixit*, principio que llegó al extremo de rechazar el gran descubrimiento de la circulacion de la sangre, porque Galeno no la habia conocido; época, finalmente, que se distingue por el precioso derecho del *libre examen*, en virtud del cual quizás no sea nuestra opinion la mas conforme al uso generalmente establecido. No podemos menos de recordar aquí una elegante metáfora de nuestro Balmes que dice: « En la milicia científica y literaria no es tan severa la dis-

ciplina, que no sea lícito al soldado dirigir algunas observaciones á su jefe.»

Justificados, pues, á nuestro modo de ver, el motivo y oportunidad de poner sobre el tapete esta cuestion, vamos á ocuparnos de ella entrando previamente en algunos pormenores sobre ciertas generalidades de la medicina por creerlos inútiles á nuestro objeto.

Esta es, segun Herófilo, conforme en este punto con las ideas de Hipócrates, el conocimiento del estado natural del cuerpo del hombre, de sus enfermedades y de todos los agentes que obrando sobre él, tienen por resultado conservar, alterar ó restablecer su salud. Semejante definicion ensancha considerablemente el dominio del arte de curar, por comprender en ella el estudio necesario de las ciencias naturales, tan fecundo en aplicaciones de todas clases.

Ilustres génios, tales como Pitágoras, Heráclito, Empédocles y Demócrito, que florecieron en la mas brillante época de la civilizacion griega, comprendieron á la medicina en su vasto sistema de filosofia general. Dos brillantes lumbreras de aquella, Hipócrates y Eurifon, jefes respectivamente de las célebres escuelas de Coos y de Cnidia, enarbolaron una nueva bandera, cuyo lema era «separacion de la medicina y de la filosofia,» bandera que siguió el célebre filósofo Sócrates, por considerar á aquella enteramente distinta de esta. ¡Ojalá que los sucesores de estos hombres ilustres hubiesen seguido sus huellas! Si tal hubiesen hecho, no hubiéramos visto con sentimiento apagarse los últimos destellos de la célebre Escuela de Alejandria, en medio de las estériles discusiones provocadas y sostenidas por los retóricos. No desconocieron, sin embargo, los estrechos lazos que unen á la filosofia con la medicina, pues esta, considerada como ciencia de observacion, toma de la otra sus mas útiles medios de investigacion y datos los mas luminosos. Díganlo, sino, Demócrito, Pyrrhon, Bacon y Descartes, cuyas distintas épocas históricas nos demuestran que los progresos de la medicina han estado íntimamente enlazados con los de la filosofia. Separaron, pues, la medicina de la filosofia, á la que no habian sabido unir-la por sus legítimas y mútuas relaciones, y la condujeron otra vez al verdadero camino de la razon y la experiencia: en una palabra, libertaron á la medicina de los sistemas falsos, y crea-

ron para ella métodos seguros, á lo que llamaba Hipócrates *hacer filosófica la medicina*. Dedúcese de esto, que léjos de desterrar la verdadera filosofía de la medicina, sin la cual no puede ésta existir, se ampliaron, por el contrario, las ventajas que podían proporcionarse mutuamente, fijando al mismo tiempo los límites que las separan, y reuniendo sus principios y doctrinas por medio de aquellas relaciones que les son verdaderamente comunes. Recordemos, por fin, aquella célebre máxima que dice: «La medicina sin la filosofía es un arte impostor.»

Otros de los puntos que deben ocuparnos, porque nos servirán de precedente para resolver la cuestion, es «si la medicina es ciencia ó arte, ó las dos cosas á la vez,» pues á no ser por este poderoso motivo nos abstendríamos de tratarlo, porque pertenece de lleno á la patología general. Siendo muy claras y luminosas las ideas que acerca del particular vierte en una preciosa obra de esta última materia el ilustrado M. Ed. Monneret, á ellas nos referimos principalmente.

«La ciencia, dice, es el conocimiento de lo que ha sido, es y será, ó mejor, el conocimiento de los cuerpos, de sus fenómenos y de sus propiedades (ciencia del sér en sí, ú ontología). La física, la química, la astronomía, la botánica, la historia son ciencias.

La tecnología es la ciencia de las reglas que enseñan á dirigir metódicamente los sentidos ó las operaciones del alma, sea cual fuere el objeto á que se los aplique, y el fin bueno ó malo que se propone uno obtener. La política, la oratoria, la retórica, la lógica, el baile, la pintura, el diagnóstico y la cirugía son artes. La expresion de tecnología ó ciencia de las reglas explica bien esta idea, en oposicion á la ciencia propiamente dicha, la ontología ó ciencia del sér.

Muchos tienen una idea equivocada de la ciencia y del arte, creyendo que consiste aquella en la teoría ó especulacion, y éste en la práctica. La ciencia propiamente dicha se ocupa en primer término en describir todo lo que está bajo el dominio de nuestros sentidos é inteligencia en la actualidad, ó que se conoce por la tradicion escrita: el arte interviene cuando se trata de fijar las reglas prácticas que es preciso seguir para ejecutar operaciones manuales ó intelectuales, útiles ó agradables.

La medicina *ciencia*, ó la ontología médica, comprende las

patologías interna y externa, una parte de la patología general á saber, la fenomenología y la etiología; la materia médica, la historia de la medicina y todas las ciencias que á ellas se refieren, tales como la química, la física, la botánica, la anatomía normal y la patología y la fisiología.

La medicina *arte*, ó la tecnología médica, encierra el diagnóstico, el pronóstico, la higiene, la terapéutica, las operaciones, los partos y la farmacología.

La medicina, pues, es una ciencia y un arte: ciencia, porque tiene por objeto el conocimiento del sér, de su estructura y de los fenómenos que presenta en el estado sano y en el morbo; arte, porque encierra las reglas por medio de las cuales puede ella prevenir la enfermedad ó restablecer la salud.»

Acercándonos ya mas y mas á la resolucion del problema, objeto de esta leccion, nos ocuparemos como punto mas indispensable que otro alguno, de las divisiones que desde los tiempos mas remotos vienen estableciéndose en la medicina. Celso dijo: *In tres partes medicina diducta est, ut una esset quæ victu, altera quæ medicamentis, tertia quæ manu mederetur.* De esta cita se deduce que desde los tiempos mas remotos el arte de curar se ha dividido en tres partes, una dietética, otra farmacológica y otra quirúrgica, ó sea arte de curar las enfermedades por medio del régimen, de los medicamentos y de las operaciones. Esta division tan natural como filosófica, porque está basada en la naturaleza de las cosas, existe hoy todavía, y existirá siempre; pero forzoso es confesar que, ya tomada segun su espíritu, ya segun su testo literal, no se refiere á la medicina en conjunto, ó sea á su ejercicio, sino á la terapéutica ó mas bien á una simple division de los medios empleados.

Otra de las distinciones que se han establecido y en la que debemos fijarnos principalmente, es la de medicina y cirugía, ó sea patología médica y quirúrgica, division que, refiriéndose á su ejercicio, no conocieron, ni Hipócrates, ni Celso, ni Galeno, ni Celio Aureliano, y en una palabra, ninguno de los médicos de la antigüedad, habiendo tenido su origen en los tiempos de la edad media. En efecto, solo en los siglos de barbarie se aisla el ejercicio de la medicina del de la cirugía; pues habiendo abrazado aquella los sacerdotes, en razon de prohibirles los cánones de la Iglesia derramar sangre, quedó relegada ésta á los segla-

res. En tiempo del renacimiento de las letras, parecia natural que hubiese desaparecido semejante division; pero habiendo ya despues de tantos siglos tomado, por decirlo así, derecho de domicilio, sembró tan malas semillas, que germinando éstas y reproduciéndose de un modo asombroso, dieron una fatal cosecha de rencorosas pasiones y mezquinas rivalidades entre los que se dedicaban al ejercicio de los dos ramos de la ciencia, las cuales sancionaron dicha separacion que ha reinado hasta nuestros dias, si bien puede ahora escudarse en el gran desenvolvimiento que han tenido las ciencias médicas, el cual no está ya en relacion con la limitada esfera de nuestras facultades intelectuales.

Conocidos estos ligeros datos históricos, pasemos á examinar si existe realmente una valla que establezca de una manera fija y científica la division de la medicina y cirugía, empezando por hacernos cargo de lo que se entiende por enfermedad médica y por enfermedad quirúrgica. Debemos advertir que los caracteres que vamos á señalar á unas y otras, se entienden de una manera general, no absoluta; ó como dice muy bien Gerdy en su interesantè obra de Patología general médico-quirúrgica, *poco mas ó menos y no precisamente.*

Llámase, pues, enfermedad médica ó iátrica, la que es interna, producida por una causa interna tambien, ó individual ó atmosférica, y á veces desconocida, que se trata por medio de la terapéutica dietética y farmacéutica, y á veces por sencillas operaciones quirúrgicas.

Entiéndese, al contrario, por enfermedad quirúrgica, la que reside en el exterior del cuerpo, que es producto de una violencia externa, que consiste en modificaciones materiales, y que reclama para su tratamiento el uso de operaciones manuales mas ó menos sencillas ó complicadas, y el de diversas clases de tópicos y apósitos.

Este divorcio entre la medicina y la cirugía no es posible mas que para un cierto número de enfermedades, pues que existe entre una correlacion tan íntima que han pertenecido al dominio, ya de la una, ya de la otra. Tal sucede con las de la piel, que habiendo sido en otros tiempos objeto de los estudios quirúrgicos reclamados hoy por la medicina como propias suyas, ha entrado ésta en la mas pacífica y completa posesion de las mismas, no pudiendo ser de otra manera, supuesto que su origen

se remonta á ciertas alteraciones de la sangre, de las cuales son una simple manifestacion ó reflejo las lesiones de la piel, razon por la cual se ha dicho muy bien que «la piel es el espejo de la sangre»

Otras afecciones hay, que segun las causas que las han producido y sostienen, corresponden á la medicina ó á la cirugía. Lo mismo diremos de la erisipela: si está sostenida por un mal aparato gástrico, pertenece á la medicina; si depende de una causa que ha obrado irritando la piel, corresponde á la cirugía.

Forzoso es tambien notar lo deleznales y poco constantes que son los caractéres arriba mencionados. En efecto, diremos acerca del sitio, que si bien una herida de los tegumentos es una enfermedad puramente quirúrgica, por residir en el exterior del cuerpo, enfermedades quirúrgicas son tambien una luxacion, un cálculo vesical y una fractura, á pesar de existir en puntos mas ó menos profundos de nuestra economía. Si las violencias exteriores producen afecciones quirúrgicas, como luxaciones, fracturas, roturas musculares ó tendinosas, hernias, etc., todas estas mismas enfermedades pueden ser ocasionadas, y así lo observamos en realidad por violencias externas, ó sea, esfuerzos musculares, sin que contribuya en lo mas mínimo una violencia exterior. Vemos en los viejos la luxacion de la mandíbula á consecuencia de un bostezo ó de los esfuerzos de la masticacion: una fractura producida por un esfuerzo muscular no muy fuerte en los raquíuticos: una rotura muscular ó tendinosa, ó una hernia, en sugetos de todas edades y condiciones por diferentes esfuerzos musculares. No son menos falaces los caractéres sacados de los medios terapéuticos. Así como se cura un hidrocele por medios enteramente quirúrgicos, empleamos tambien medios de la misma clase, cuales son sangrías, sanguijuelas, exutorios, inyecciones iodadas, etc., para la respectiva curacion de una pulmonía, de una pleuresia, ó de una ascitis esencial, así como echamos mano de diversos tópicos y de sencillas operaciones quirúrgicas, como la cauterizacion, en las enfermedades de la piel, que ya hemos dicho antes ser del dominio de la medicina.

Vemos, pues, que si bien los límites de que nos estamos ocupando, son algunas veces estables y fijos, son en otros casos completamente ilusorios; á mas de que, no existiendo un hombre interir y otro exterior, no puede haber enfermedades externas é

internas completamente independientes, como nos lo manifiesta diariamente la clínica en las numerosas complicaciones de las enfermedades quirúrgicas con las médicas y al contrario; sino que en el mayor número de casos, aun prescindiendo de las complicaciones, están unidas con vínculos mas ó menos estrechos.

No obstante la imposibilidad de un perfecto deslinde entre la medicina y cirugía, preciso es confesar que estas dos hermanas gemelas que tantas semejanzas tienen, presentan asimismo numerosos rasgos que las diferencian de una manera notable. Sentamos por base, y como principio inconcuso, que igual número de conocimientos deben poseer el médico y el cirujano; pero que al mismo tiempo debe éste conocer ciertas materias mas á fondo y con mas minuciosos detalles que aquel, y vice-versa.

¿Quién duda, en efecto, que aunque la anatomía y la fisiología sean las inamovibles y mas sólidas bases en que descansa el magestuoso edificio de la medicina, necesita el que cultiva la cirugía poseer conocimientos muy profundos en la primera de dichas materias, de que puede dispensarse, sin el mas leve perjuicio para la Humanidad, al que se dedica á la medicina? ¿Quién duda que siendo la tecnología, ó la ciencia del arte, una de las partes mas principales de la cirugía, debe el que á ella se dedica, conocer con exactitud los numerosos procederes operatorios é infinitas reglas destinadas á dirigir la mano en el tratamiento de las enfermedades, que puede sin el menor inconveniente olvidar el médico?

Debe tambien el que se dedica á la práctica quirúrgica poseer en grado mucho mas elevado que el que se consagra á la medicina, ciertas cualidades, cuales son humanidad, prudencia, serenidad, sangre fria, vista buena, mano segura, y cierta fuerza corporal. Efectivamente, la humanidad y la prudencia retraerán al cirujano de emprender operaciones innecesarias, arriesgadas y hasta bárbaras, que el arte y la moral reprueban de consuno, y al través de los cuales solo se transparenta ó un fanático prurito de operar, ó quizás (y eso es lo mas bochornoso) la mezquina idea del sórdido interés. No olviden nunca los operadores aquella tan antigua como sabia máxima de que «nunca deben intentar operaciones que no autorizasen para sus propios hijos,» y aquella

otra de que «el mejor cirujano no es el que mas opera, sino el que sabe evitar mayor número de operaciones.»

Fácil es conocer la importancia de las cualidades restantes: el que no posea la debida serenidad y sangre fria, mal podrá dominar los desgarradores y penetrantes ayes del dolor, ni una hemorragia imponente, ni un peligroso síncope, en una palabra, ni los numerosos accidentes, que pueden dejarle exánime en sus brazos al infeliz operado. El que carezca de buena vista y mano segura, no podrá practicar ó practicará mal una operacion muy delicada, como la de la catarata, pupila artificial, etc. Por fin, el que no tenga cierto grado de fuerzas físicas, no podrá reducir una luxacion, particularmente de una articulacion grande, como la coxo-femoral, ó humero-escapular.

La medicina reclama por su parte otras cualidades; siendo muy á menudo complexas las dolencias, difícil su diagnóstico é incierto su pronóstico; es preciso para darla toda la perfeccion posible, apoyarse en una larga experiencia, en la historia de las doctrinas médicas, en la escrupulosa observacion de los fenómenos, en el ejercicio continuado de los sentidos, y en la comparacion y asimilacion de los hechos por medio de una síntesis y una induccion rigorosas. Es necesario, en fin, poseer mas profundos conocimientos en física, química, botánica, higiene, farmacología y terapéutica. Esto exigen las numerosas condiciones en medio de que se desenvuelven las enfermedades internas: mas diremos; ciertas aptitudes naturales tanto del cuerpo como del espíritu, anteriores á los estudios médicos y desenvueltas por ellos ó por la instruccion literaria, disponen mejor al ejercicio de la medicina que al de la cirugía.

No nos ocuparemos de la ridícula cuestion, suscitada por las malas pasiones, acerca de la respectiva nobleza de entrambas. Todas las ciencias y artes que exigen grandes conocimientos, y que son muy útiles, son igualmente nobles. En este caso se hallan los dos ramos de la ciencia de curar.

La expresada division de la medicina, llevada á su mas alto grado, conduce naturalmente á las diversas especialidades que conocemos; como la medicina legal ó forense, las enfermedades mentales, las de pecho, las de las vias génito-urinarias, las de las mujeres y niños, la sifilografía, la obstetricia, etc., no cambiando la menor duda, en que han sido tanto mayores los pro-

gresos de la ciencia y los beneficios en pro de la humanidad, en cuanto estos diversos ramos fueron cultivados con ahinco por los respectivos especialistas, adornados, no obstante, de todos los conocimientos que comprende la ciencia de curar. Pues bien, si esto sucede en las especialidades expresadas ¿no ha de suceder lo mismo en las dos grandes, que corresponden á los diversos ramos del arte de curar? Indispensablemente así sucede. El que vé mayor número de casos de una misma clase, adquiere tal tino y ojo práctico sobre ellos, que con la mayor facilidad los diagnostica y trata mejor que el que vé mas corto número y mas de tarde en tarde, porque tiene mas práctica y adquiere mayor experiencia acerca de los mismos. Por esto ha habido un Lichel y un Desmarres, un Velpeau, un Dupuytren, un Ricord, un Laennec, un Civiale, un Orfila, un Fabre, un Esquirol, etc., representantes de otras tantas especialidades, mas ó menos extensas. Temeríamos con razon ofender el buen juicio, tanto de los profesores como de los alumnos, si nos entretuviéramos mas tiempo en probar y comentar una verdad tan palmaria; recordaremos, sin embargo, una máxima, hija genuina de la práctica, y es «que así como los órganos no se aíslan en sus sufrimientos, así tampoco pueden las enfermedades ser aisladas en su estudio:» verdad que comprueba perfectamente el lema que simboliza la union de la medicina y cirugía y dice: *Alterius altera poscit opem et conjurant amica.*

En vista, pues, de todo lo expuesto, y apreciando en su debido valor el gran caudal de sólidos y preciosos conocimientos, hijos de una experiencia muy repetida, podemos sentar como lógica y precisa consecuencia que, *si bien en el estudio no deben de ningun modo aislarse los conocimientos médicos de los quirúrgicos; seria, no obstante, en alto grado provechoso para los adelantos de la ciencia, y consecutivamente para el bien de la Humanidad, la separacion, en el ejercicio de la medicina y cirugía.*—

Basta echar una rápida ojeada sobre los inmensos adelantos y creciente perfeccion que proporciona á la industria la division del trabajo, gran principio de Economía política, para comprender cuán importante y transcendental es la solucion de este problema en el sentido que acabamos de manifestar.

LECCION XX.

Demostracion de la verdad en medicina.—Certeza matemática.—Idem histórica.
—Idem empirica.—Grado de certeza en medicina.

Son por demás sabidas las ideas exageradas que corren en el vulgo acerca de la verdad y certeza de la medicina, puesto que al paso que vemos unos que tienen en ella una fé ciega cumpliendo con una exactitud pasmosa las prescripciones del médico, ya en la parte preservativa, ya en la curativa de las enfermedades, vemos otros que obran de una manera completamente opuesta por no creer en dicha verdad y certeza, considerando por tanto á la medicina como una ciencia completamente congetural de una manera absoluta. Cuando decimos vulgo, no nos referimos precisamente á la clase baja de la sociedad sin instruccion ó sin ella, sino tambien á la media y á la elevada por haberse convenido en el lenguaje médico dar el nombre de vulgo á toda persona que no ejerza ó no haya estudiado la medicina. Figuran en éste muy particularmente algunos literatos y poetas epigramáticos de bien sentada reputacion unos y otros, que habiendo ridiculizado á la ciencia de curar en todos tonos y estilos mientras disfrutaban de buena salud, deponian las armas y le prestaban homenaje cuando se ponian enfermos. ¿Son exactos y admisibles esos dos extremos? ¿Es la medicina una ciencia cierta siempre ó congetural? El buen sentido, sin venir apoyado siquiera por las razones científicas que expondremos en el decurso de esta leccion, contesta negativamente. ¿Cómo puede dejar de

encerrar muchas y grandes verdades una ciencia de observacion como es la medicina? Pero no anticipemos la resolucion de este problema.

El hombre que tiene fé en una idea , en un principio ó en un hecho, es capaz de acometer grandes empresas , porque ardiendo su corazon y su cerebro en el fuego del entusiasmo se entrega por completo á la realizacion de su bello ideal. Bástenos nombrar en comprobacion de este aserto el memorable y sin par hecho del descubrimiento del Nuevo Mundo por el insigne Cristóbal Colon. Pues bien; partiendo de este principio, diremos que para estudiar y ejercer dignamente la medicina es preciso creer en ella, y esta fé—no dando á esta palabra el sentido que se lo da en materias religiosas—solo puede estar basada en la certeza de la misma. El médico, si alguno hubiese, que ejerciera la medicina sin tener fé en ella, sin creer en su certeza *relativa*, en una palabra, creyéndola una ciencia puramente congetural, seria para nosotros un farsante, un impostor, y, lo que es mas, un verdadero criminal á quien deberia castigarse severamente.

Demostracion de la verdad en medicina.

Es indudable que la verdad puede demostrarse y se demuestra realmente muchas veces en medicina, siendo este aserto una consecuencia lógica y precisa de lo que hemos dicho al hablar de la observacion y experiencia robustecidas por el raciocinio. Siendo la medicina una ciencia de observacion, se comprueba la certeza de un hecho por una sana y prolongada experiencia, y adquirido de esta manera el conocimiento de los hechos, se deducen las leyes y proposiciones generales que, oriundas de los ricos manantiales *observacion y experiencia*, son sancionadas y elevadas por el raciocinio á la categoria de tales proposiciones y leyes generales.

De lo dicho se deduce claramente que en las ciencias de observacion, y por lo tanto, en medicina, existen dos medios de comprobar la verdad, á saber: la experiencia y la inteligencia, obrando aquella por medio de los sentidos, y ésta por medio del *sentido lógico*, al cual llama Bouillaud con mucha propiedad *ojo intelectual*, porque á la manera que los ojos del cuerpo aprecian los colores, forma y otras cualidades de los objetos, el *ojo intelectual* aprecia tambien, por decirlo así, las diversas cualidades de las *razones y pruebas* aducidas en apoyo de las proposiciones.

Tres son las especies de certeza que deben admitirse en los conocimientos humanos, á saber: la matemática, la histórica y la empírica. No continuamos entre ellas la que se obtiene por *inducción y analogía*, y que se llama *indirecta* para distinguirla de la que se obtiene por la observacion y experiencia, y se llama *directa* porque, así como esta última tiene fuerza de ley, no la tiene la primera por sí sola, no obteniendo definitivamente el derecho de ocupar un lugar entre el número de las verdades incontestables las aserciones hijas de la induccion, sino cuando han sido sancionadas por hechos positivos. Esto no es suponer que la induccion deje de prestar en determinadas circunstancias un buen medio de certeza; lo que sí queremos significar es que no tiene la importancia que la *empírica ó directa*. Por eso no nos cansaremos de repetir que la lógica del buen médico práctico debe ser *mas á posteriori que á priori*.

Certeza matemática.

Se dice que la medicina no posee la certeza matemática, y esto en general es una verdad, pero no lo es en absoluto, pues hay muchos casos, especialmente en cirugía, en que establecemos un diagnóstico con tanta seguridad como la tenemos al decir que dos y dos son cuatro, en cuyo caso se encuentran muchas lesiones traumáticas. Con efecto, ¿podemos dudar que ha sufrido una fractura del húmero, el sugeto que, habiendo recibido una contusion en el brazo, se presenta con éste torcido ó desviado de su eje con el ruido de crepitacion al producir el roce entre los extremos del hueso fracturado, ó que quizás estos cabalgando uno sobre otro, que no pueda el miembro verificar sus movimientos naturales, y por último, para mayor certeza, que el brazo en cuestion sea muy delgado, pudiendo de este modo apreciarse mejor todos los fenómenos que acabamos de esponer?

Se dirá que se cree mas — y es una verdad — en la certeza de la cirugía que en la medicina propiamente dicha, pero aun en esta encontraremos un grado de certeza, tocante al diagnóstico, tan caracterizada como la matemática. Sírvanos de ejemplo una calentura intermitente palúdica, típica y manifiesta, una viruela en su período de supuracion que acaece en un niño no vacunado en medio de una grande epidemia de dicha enfermedad, una tifoidea ó una pulmonía en su mayor grado de desarrollo y acompañadas respectivamente de todos ó la mayor parte de sus síntomas característicos.

No se crea en manera alguna por lo que acabamos de decir que tengamos la nécia y ridícula pretension de atribuir á la medicina una certeza matemática : léjos de nosotros semejante idea, pues ya hemos consignado poco antes que en la generalidad de casos y hasta añadimos que en su inmensa mayoría no la posee, y sí solo en algunos como se acaba de demostrar.

Para que no sean tan exigentes los detractores de la medicina, bueno es hacerles notar, siquiera sea de paso, que aun en las mismas matemáticas, si se trata de las mixtas, y de cálculos muy complicados, no deja tambien de ofrecerse algunas veces discordancia de pareceres entre sus profesores, lo que prueba hasta cierto punto ó que la ciencia *exacta por excelencia* va perdiendo de su exactitud á medida que los problemas son mas complicados, ó que los encargados de abarcarlos ó resolverlos no parten de un criterio fijo, ó no tienen igual facilidad de hacerse cargo de los diversos puntos ó elementos de la cuestion.

¿ No vemos, además, todos los dias que jurisconsultos de bien merecida reputacion y de reconocida moralidad, disienten en una junta sobre el parecer que se les pide acerca de una cuestion de derecho, y que, establecido un litigio, se encuentran frente á frente defendiendo á sus respectivos clientes? ¿ No vemos tambien discordancia en el fallo de dos jueces, de dos tribunales superiores y aun entre los miembros de un tribunal de casacion, teniendo los mismos datos á la vista? Pues si esto sucede, ¿ por qué este clamoreo contra la incertidumbre de la medicina y no contra las ciencias referidas que no dejan de ofrecer contradicciones, ó dudas por lo menos, en el terreno de la práctica? Los problemas que se ofrecen á la resolucion del médico, son á veces tan complicados, ya por las mil variadas circunstancias individuales, ya por la influencia del clima y localidades, de las diversas constituciones médicas epidémicas ó endémicas reinantes, ya por la de las causas morales, ya por desconocer algunas veces las causas de la enfermedad, ya, finalmente, por desempeñar el primer papel en los trastornos morbosos el fenómeno *vida*, desconocido en su esencia ahora, y que lo será en la consumacion de los siglos, son tan complicados á veces, repetimos, que no le es lícito al médico hablar en términos categóricos sino en muy contados casos; pues si bien establece muchísimas veces diagnósticos ciertos, al tratarse del éxito que tendrá la enferme-

dad solo puede hablar en términos dudosos ó condicionales, toda vez que una enfermedad leve puede hacerse grave hasta el extremo de ocasionar la muerte, al paso que otra grave, gravísima, y hasta diremos incurable por lo comun, se cura. ¿Qué médico — ilustrado y prudente, — se atreverá á prometer la curacion de una simple calentura gástrica, al recordar que puede degenerar en tifóidea y que es muy fácil que ésta termine en la muerte? ¿Qué médico se atreverá, por otra parte, á *asegurar terminantemente* que será victima de su enfermedad un tísico, á no ser que se trate de la mas apurada situacion del mismo, cuando vemos algunos casos, aunque por desgracia raros, en que se curan estos enfermos, ya por el acertado plan de curacion á que están sometidos, ya, sobre todo, por los grandes recursos de la naturaleza medicatriz?

Certeza
histórica.

La certeza histórica que, como sabemos, se funda en el testimonio de autores fidedignos, se halla en medicina como en las otras ciencias, pues todos poseen su historia mas ó menos larga, segun su mayor ó menor antigüedad. Esta certeza histórica nos la garantizan en medicina los autores clásicos que de ella se han ocupado. Bien comprendemos que la mala fé de los hombres puede hacer á veces dudoso el criterio de la historia, rebajando entonces considerablemente la importancia de esta especie de certeza. Tal sucede, por ejemplo, con varias de las obras que llevan el nombre del Padre de la Medicina sin serlo. Eso ha dado margen á que algunos críticos hayan dividido las obras que circulan con el nombre del divino viejo en verdaderas y apócrifas. Se concibe este fraude, si se considera la grande aceptacion que tuvieron las obras verdaderas de Hipócrates. A la manera, pues, que la historia nos garantiza la certeza del descubrimiento del Nuevo Mundo por Cristóbal Colon, citado ya antes, el de la conquista de Méjico por Hernan Cortés, el de la revolucion francesa de fines del siglo último, y otros hechos notables que podríamos citar, las obras de Hipócrates, Celso, Galeno y demás clásicos en medicina, nos garantizan la certeza histórica de la misma, ó sea, la de los hechos que dichas obras consignan.

Certeza
empírica.

La certeza empírica, que debe estar basada en la observacion y experiencia, y que debe ser robustecida por una lógica y crítica severas, es indudablemente la mejor garantía que ostenta la medicina en pro de las verdades que la misma posee, pues si

bien creemos firmemente las que nos han transmitido las obras clásicas de la misma, pues sin estos precedentes la ciencia de curar estaria siempre en su cuna; es preciso, no obstante, confesar que lo que entra por los sentidos nos impresiona de una manera mas profunda y duradera que lo que entra por la simple lectura ó por una explicacion teórica. Podrá haber un médico tan escéptico — como lo ha habido — que dude que Hipócrates ha existido, y este mismo médico, si es práctico, no dudará de que el ópio calma el dolor. Damos por sentado que para que la certeza empírica tenga realmente la alta importancia que le reconocemos, es necesario que la observacion y la experiencia en que se funda, reunan todas las condiciones que hemos enumerado al ocuparnos de las mismas en lecciones anteriores.

Reuniendo, pues, la medicina las dos clases de certeza histórica y empírica, muchas veces; y la matemática algunas, tratándose especialmente de casos quirúrgicos, diremos que la medicina posee realmente verdades susceptibles de demostracion, segun acabamos de probar de una manera indubitable á nuestro modo de ver.

De lo dicho se deduce que en medicina tenemos certeza de muchas cosas, pero no de todas, y que por lo tanto ignoramos otras muchas, lo que no es precisamente esclusivo de la medicina, sino que es atributo de todas las ciencias y artes, pues de lo contrario, habríamos alcanzado ya la perfeccion, lo que, por desgracia, no es así. Debemos, no obstante, reconocer que, ya por los adelantos de la anatomía patológica, ya por los nuevos y numerosos medios de diagnóstico que se ha inventado, ya por los ensayos terapéuticos practicados en el siglo XIX en que vivimos y en el que le precedió, ha dado la medicina un gran paso en la senda del progreso y adquirido en muchos puntos una mayor certeza y positivismo de los que habia tenido en los siglos anteriores. Los hechos y datos propios de la medicina, por otra parte, no tienen igual certeza, lo que nos conduce naturalmente á ocuparnos del grado de certeza en medicina.

Estos diversos grados de certeza esplican, si bien no justifican, las acusaciones que se dirigen á la medicina de ser una ciencia incierta, pues fijándose sus detractores en los casos en que dicha certeza deja mucho que desear, diremos mejor, en los casos verdaderamente oscuros y de éxito muy dudoso, fijándo-

se, repetimos, en semejantes casos, creen, ó por lo menos aparentan creer que en todos los otros sucede lo mismo, y de ahí deducen la consecuencia en absoluto que la medicina es una ciencia puramente conjetural. Los que así discurren no morirán por cierto de un empacho de lógica y permítasenos esta expresion que hoy está en boga.

Si bien es una cuestion casi de sentido comun el que la medicina no ofrece igual grado de certeza en los casos que observa el médico práctico, toda vez que la experiencia diaria enseña á los médicos y á las personas extrañas á la medicina, que hay enfermedades que se conocen con facilidad y se combaten con muy buenos resultados, no estará por demás poner ejemplos que comprueben esta verdad. ¿Quién duda que es mas fácil diagnosticar una calentura intermitente legítima, que un cáncer del estómago, ó una estrechez de los orificios del corazon en su origen? ¿Quién duda que la primera de estas enfermedades se cura casi siempre, ó en la inmensa mayoría de casos por lo menos, y que las dos restantes son incurables hoy dia? Si tratándose ahora de enfermedades curables seguimos poniendo como tipo de *certeza casi siempre* en el buen resultado de su medicacion, las calenturas intermitentes legítimas, y las comparamos con la tifóidea ó la amarilla, veremos desde el primer momento la enorme diferencia que ofrecen estas dos últimas calenturas en la mortalidad, comparadas con las primeras, lo que depende de que para combatir las intermitentes poseemos un específico acreditado por una larga y constante experiencia, siendo así que no poseemos igual talisman para combatir la tifóidea y la amarilla. Esa poca certeza en el plan curativo de estas dos últimas enfermedades nos da razon del por qué de los enfermos atacados de calenturas tifóideas en general, se salvan unos y fallecen otros sometidos á un mismo plan de curacion, y del por qué mediante todos los planes terapéuticos y sistemas conocidos en medicina, se registran casos felices y desgraciados en el éxito de las referidas calenturas tifóideas.

LECCION XXI.

Objeciones contra la certeza de la medicina. — Su solucion.

Habiéndonos ocupado en la leccion anterior y de un modo general de los tiros que se han dirigido á la certeza de la medicina y demostrado la impotencia de estos para destruirla, nos parecen lógico como justo para convencer á los detractores de la medicina y hacer que abjuren de sus errores, ocuparnos en concreto de las objeciones que á dicha certeza se han hecho, y soltarlas en seguida con poderosas razones que nos prestan la experiencia diaria y el buen sentido.

Expondremos las que van continuadas en las «Obras póstumas del célebre médico francés Cabanis,» en su tratado «del grado de certeza de la medicina,» y de las que se ocupa tambien el Dr. Janer en sus «Elementos de moral médica.»

Son las siguientes :

1.ª Los resortes secretos de la vida escapan á nuestras miradas ; y no tenemos idea alguna precisa , ni del principio que nos anima , ni de los medios por los cuales ejerce su accion.

Solucion á la primera objecion.

Estamos completamente conformes con el texto de esta objecion en todas sus partes , por tener la íntima conviccion de que la vida es y será eternamente un misterio para los reducidos al-

cances del hombre, y el que poseido de un nécio orgullo pretendiese descorrer el velo que oculta semejante misterio, seria un nuevo Icaro á quien, remontando su vuelo hácia el sol, se le derretirian las alas, viniendo á precipitarse al fondo de los mares. ¿Debemos, sin embargo, deducir de eso que la medicina es una ciencia conjetural? De ninguna manera; pues si bien seria muy útil para la mas perfecta curacion de las enfermedades conocer la esencia de la vida, no es, sin embargo, de absoluta necesidad dicho conocimiento, siendo la mejor prueba de lo que acabamos de decir el que sin él curamos muchas enfermedades. Todo tiene su compensacion: si desconocemos la esencia de la vida, esta misma, ó sea el principio vital representado por la fuerza medicatriz es el principal y mas indispensable agente de la curacion de las enfermedades, para resarcir, digámoslo así, á la Humanidad de las inmensas pérdidas que sufriria por desconocerse la esencia de la vida.

Si esta objecion fuese un verdadero argumento contra la certeza de la medicina—en el sentido, se entiende, que damos siempre á esta palabra—seria al mismo tiempo un fuerte y pesado ariete que destruiria, hasta pulverizarlos, los mas robustos muros del templo de las ciencias todas, pues todas ellas desconocen las causas primeras de los fenómenos que respectivamente estudian. El hombre, en efecto, no conoce la esencia de nada, ni la de la materia que vé y toca ni la del principio secreto que la vivifica y que determina todos los fenómenos del universo. El hombre no conoce las causas primeras, y sí solo sus efectos: debe, pues, en sus estudios é investigaciones, partir de aquellas, como un hecho cierto é inconcuso sin tener la ridícula pretension de investigar su esencia ó naturaleza íntima pues seria tiempo perdido, debiendo limitarse, por lo tanto, á derivar de dichas *causas primeras* los hechos y fenómenos que estudia y trata de conocer. ¿Conocia por ventura Newton la causa próxima de la gravedad? Nó: pero á pesar de faltarle tan precioso dato, mediante un atento y continuado estudio de los fenómenos de la misma, llegó á determinar las leyes que rigen en el sorprendente movimiento de los cuerpos celestes. ¿Conocen acaso los químicos la esencia de la afinidad? Nó: pero á pesar de eso han establecido las leyes que presiden á las combinaciones químicas, base de su ciencia. ¿Conocemos por ventura la causa próxima del hambre y de la sed?

Nó: pero conocemos los medios de calmar esas dos sensaciones internas que tan imperiosas se nos hacen algunas veces. A pesar de no conocer los misterios de la digestion—pues no obstante las teorías químicas que para esplicarlos se han inventado, se tropieza siempre con el fenómeno *vida* — conocemos las causas que la alteran y los medios mas ó menos seguros de volverla á su estado normal. Lo mismo podemos decir de la agricultura; pues ni para inventar, ni para perfeccionar este arte ha sido necesario arrancar á la naturaleza el secreto de la vida de los vegetales, ni el de su instinto, ni el de sus inclinaciones particulares.

Queda pues sentado que el no conocer los resortes secretos de la vida, ni el principio que nos anima, ni el modo de funcionar de éste no es un argumento sério contra la certeza de la medicina.

2.^a OBJECCION.—La naturaleza y las causas primeras de las enfermedades nos son absolutamente desconocidas.

Solucion de la segunda objeccion.

Fácilmente se comprenderá que esta segunda objeccion es la primera vestida con diferente traje: es la primera formulada en diferentes palabras; y por decirlo de una vez, es la misma cuestion planteada en el terreno de la patología, asi como la primera lo está en el de la hygiología.

Si bien esta consideracion podria relevarnos de la tarea de refutar esta segunda objeccion, por quedar ya indirectamente refutada en la solucion de la primera; lo verificaremos, no obstante, aduciendo las pruebas que nos suministran los estados morbosos, así como el estado de salud nos ha suministrado los de la solucion anterior.

Empezaremos por conceder que desconocemos muchas veces la naturaleza y las causas primeras de las enfermedades; pero no podemos menos, en contraposicion, de consignar que conocemos en varios casos una y otras. Indudablemente en una fractura causada por una fuerte contusion conocemos la naturaleza ó causa próxima de ésta que no es otra que la solucion de continuidad del hueso, y la causa el traumatismo. De una manera análoga podríamos discurrir tratándose de una luxacion, heridas, hemorragia traumática, parto distócico por falta de proporcion

entre los diámetros de la cabeza del feto y los de la pelvis de la madre y otros casos que podríamos citar.

Pero aun colocados en el terreno mas desventajoso, por decirlo así, ó sea en el de desconocer la naturaleza y causas de la enfermedad, probaremos lo muy fútil que es la objecion que nos ocupa. Y en verdad no hay necesidad de conocer la naturaleza de una enfermedad ni la de la causa que la produce para curarla. Precisamente las curaciones mas notables y hasta pasmosas que obtenemos todos los dias recaen en enfermedades cuya esencia, así como la de su causa, desconocemos. Buen testimonio son de este aserto la sífilis y las calenturas intermitentes, hasta las mismas perniciosas. ¿Sabemos, en efecto, que es la sífilis y la naturaleza del virus que la produce? No por cierto: conocemos tan solo las variadas manifestaciones de dicha enfermedad, sabemos que es específica y contagiosa: ignoramos completamente en qué consiste el virus sífilítico, y sin embargo, es este uno de los grupos de enfermedades que mas victoriosamente combatimos. ¿Sabemos en qué consisten las calenturas intermitentes y el miasma palúdico que las produce? No por cierto; solo conocemos las diversas formas y variedades que presentan dichas calenturas, y solo sabemos que la malaria ó miasma palúdico, se forma en las aguas pantanosas que tienen vegetales en putrefaccion; y á pesar de eso nada mejor que las calenturas intermitentes prueban la certeza y poder casi divino de la medicina. Mas diremos; no se limita esa certeza á la curacion de las enfermedades, sino que se estiende hasta á la profiláxis de otras. Buen ejemplo de esta verdad son la vacunacion como preventiva, al menos por un cierto período de tiempo, de la viruela; y la cauterizacion hecha en regla con un cáustico líquido, como preventiva absoluta de la rabia; siendo lo mas notable que ambas enfermedades son desconocidas en su esencia.

Por lo demás, antes de abandonar la cuestion de las causas de las enfermedades, no podemos menos de recordar uno de los mas triviales y útiles principios de Terapéutica general, á saber la extraordinaria importancia de saber si una causa es ó no específica y si sigue obrando ó si dejó de obrar desde el momento que produjo la enfermedad.

Queda pues probado que la circunstancia de sernos absolutamente desconocidos la naturaleza y las causas primeras de las

enfermedades no es un óbice para que la medicina obtenga todos los dias curaciones tan brillantes como completas; no destruyendo, por lo tanto, esta objecion la certeza *relativa* de la medicina.

3.^a OBJECCION. — Las enfermedades son tan variadas, tan susceptibles de complicaciones, que no puede deducirse de su observacion la mas escrupulosa regla alguna fija que sirva para hacerlas reconocer siempre: sufren ellas tantas modificaciones por razon de la edad, sexo, temperamento, clima, estacion, estado del aire, régimen que ha seguido el enfermo, profesion que ejerce, enfermedades á que ha estado antes sujeto, en fin, por razon de sus pasiones habituales, y del estado presente de su ánimo, que en medio de tantas causas diversas es imposible distinguir lo que á cada uno corresponde; dar á los fenómenos su justo valor y su natural asiento; establecer un plan conveniente de curacion; en una palabra, sacar resultados dignos, por su certeza, de la importancia del arte.

Solucion á la tercera objecion.

Preciso es confesar que esta objecion es mas formal y mas práctica que las dos anteriores, pues indudablemente son á veces las enfermedades tan variadas, tan susceptibles de complicaciones, tan anómalas, irregulares, enmascaradas, escasas de síntomas característicos, desfiguradas y confusas, por las diversas circunstancias citadas en la objecion, que llega el médico á dudar y titubear y hasta á no atreverse á emprender algo sério, al verse rodeado de tanta obscuridad y elementos contradictorios y encontrados, llegando á su colmo esta situacion crítica, cuando está el práctico frente á frente de una enfermedad que vé por primera vez, y de la cual no tiene siquiera el menor conocimiento teórico, aunque este último caso sea muy raro. ¿Quién duda que en semejante situacion es muy difícil y hasta á veces imposible establecer un diagnóstico acertado y quizás ni siquiera probable? ¿Quién duda que en semejantes casos vemos confirmada aquella máxima que dice: «La medicina es un arte muy difícil porque todo son generalidades en teoria y todo particularidades en la práctica?» Pero aun pisando ese terreno de abrojos y espinas nos atrevemos á consignar que si un médico jóven con poca experiencia aunque brillante teórico no puede dominar la

situacion, la dominará muchas veces un profesor encanecido en la práctica. ¿Tenemos derecho á exigir de un general jóven é inexperto las victorias que ha alcanzado el anciano general que en su gloriosa carrera ha dirigido cien batallas? Es indudable que el profesor que ha observado y *observado bien* un gran número de enfermos en su dilatada carrera en que ha estado identificado, digámoslo así, con el sér que sufre, se remonta á una altura á la que no le permitirian remontarse los solos conocimientos teóricos, y abarcando desde ella y de una inteligente mirada todo el cuadro de la enfermedad la combate dominado por una especie de instinto perfeccionado por el hábito.

Es necesario convenir en que las escenas de desórden y confusion en el cuadro de las enfermedades que acabamos de apuntar no son muy frecuentes y que en casos semejantes una observacion bien hecha, especialmente por un médico dotado de una tranquilidad y sangre fria á toda prueba, simplifica y aclara extraordinariamente estas situaciones confusas y embrolladas, llegando á producir en nuestro ánimo la íntima conviccion de que, á pesar de hallarse muchas veces reunidos varios elementos morbosos, los variados desórdenes que tenemos á la vista son muchas veces únicamente un juego de simpatías, de connivencias y antagonismos orgánicos dependientes de un centro comun.

Al paso, pues, que confesamos que se ofrecen situaciones muy oscuras y comprometidas en el ejercicio de la medicina, reconocemos tambien que no se ofrecen todos los dias, y que muchas veces no son insuperables.

Esta objecion, por lo tanto, no tiene el valor que parece tener á primera vista.

4.^a OBJECION. — La naturaleza de las substancias que se emplean como remedios, es un misterio para nosotros: su manera de obrar sobre nuestros cuerpos nos es todavia mas desconocida; y verosimilmente no poseemos medio alguno de alcanzar este conocimiento.

Solucion á la cuarta objecion.

Partiendo del principio que dejamos ya consignado de que no conocemos la esencia de los objetos; inútil es que nos ocupe-

mos de la primera parte de esta objecion verificándolo tan solo de la segunda que es la de mayor interés práctico.

Empezaremos por decir, que no es cierto que la manera de obrar de las sustancias empleadas como remedios sea todavía mas desconocida que la naturaleza de las mismas, pues si bien eso sucede unas veces, otras sucede lo contrario. Conocemos perfectamente el modo de obrar de los medicamentos astringentes y el de los emolientes, que es constriñendo la fibra y aumentando su tonicidad los primeros, y relajándola y disminuyendo dicha tonicidad los segundos.

Concediendo, empero, ahora, por ser una verdad inconcusa, que hay medicamentos cuyo modo de obrar es completamente desconocido, diremos, no obstante, que la falta de este conocimiento en nada se opone al buen éxito de las curaciones que mediante los mismos obtenemos: mas diremos es mucho mayor el número de curaciones que se obtiene á beneficio de estas sustancias medicinales cuyo modo de obrar se desconoce, y que se les llama específicas ó empíricas que el que nos proporcionan los medicamentos llamados racionales por conocerse su modo de accion: díganlo sino, la quina y el mercurio para la respectiva curacion de las calenturas intermitentes y de la sífilis. Eso prueba que la buena medicina práctica mejor que de esplicaciones teóricas, necesita de hechos repetidas veces observados, y que será tanto mayor el grado de certeza en medicina, en cuanto se apoye en una observacion y experiencia buenas, y prolongadas, y sezonadas, digámoslo así, por el racionio y por un buen criterio.

Tampoco conocemos el modo de obrar de los alimentos y bebidas y sin embargo la bromatología nos presta preciosos recursos en el plan curativo de las enfermedades, no menos que en el preventivo.

Esta objecion es, por lo tanto, tan débil que se desvanece por las ligeras reflexiones que acabamos de hacer

5.^a OBJECION.—La esperimentacion en medicina es mas difícil todavía que la observacion de las enfermedades, mas dudosa que los axiomas de diagnóstico y pronóstico que ella presta. El efecto de un remedio puede ser determinado por una multitud de causas que se ocultan al médico, el trabajo sordo pero constante de esta fuerza medicatriz que tiende siempre á restablecer el orden

en los seres animados, la marcha misma de la enfermedad, de que se puede haber formado falsas ideas; los cambios sobrevenidos en la situacion fisica ó moral del enfermo, ó en las circunstancias exteriores que pueden obrar sobre él: todo esto es sin duda muy capaz de engañar con frecuencia al juicio mas severo, de hacerle atribuir á sus combinaciones resultados que les son absolutamente estraños, y esto es evidentemente un manantial inagotable de errores para el artista y para el arte mismo.

«La curacion sigue á la aplicacion del remedio; luego el remedio ha producido la curacion: *post hoc, ergo propter hoc*: Segun esta infiel autoridad, por lo tanto, se han redactado todas las materias médicas, y reducido á sistema la manera de emplear los diferentes remedios. A buen seguro que no hay nada que exija mas conocimientos, sagacidad y circunspeccion que el descubrimiento de las verdades de este género; nada mas fácil que estraviarse en su investigacion, aun siguiendo una buena senda; nada mas dudoso que las pruebas en que se apoya uno, cuando cree haber obtenido resultados ciertos. Y, en verdad, si es casi imposible probar que un enfermo tiene tal enfermedad determinada, lo es todavia mas asegurar que tal remedio producirá tal efecto, ó que lo ha producido.

Solucion á la quinta objecion.

No hay para que negar que esta objecion es de tanto peso como la tercera, toda vez que en ella se notan tambien las dificultades con que se tropieza en la práctica de la medicina. El buen sentido, empero, nos indica que no por ser un asunto espinoso, deba carecer de datos mas ó menos positivos y que no sea posible vencer las dificultades que ofrece; pues eso equivaldria á rebajar extraordinariamente el poder del espíritu humano y seria además sentar un fatal precedente para la dilucidacion de las cuestiones árduas.

Es indudable que es mas difícil la experimentacion clínica que la simple observacion de las enfermedades, pues esta tiene una esfera mas reducida y constituye, por decirlo así, la base de aquella, motivo por el cual se esplican las mayores dificultades que ofrece la experimentacion, aunque no se ofreciesen otros obstáculos. Esa mayor dificultad de la experimentacion en me-

dicina la demuestran tambien aquellas gráficas palabras del ilustre Zimmermann: «El observador escuchà á la naturaleza, y el experimentador la pregunta.» El tan verdadero como popular aforismo de Hipócrates: «*Ars longa, vita brevis, occasio præceps, experimentum periculosum, judicium difficile...*» es otra prueba de las sérias dificultades que se nos ofrecen con mayor ó menor frecuencia á la cabecera del enfermo. Debemos, empero, decir á renglon seguido que este grande hombre que consigna en el primero de sus aforismos una tan triste realidad, echó los cimientos de la medicina de observacion que dió por resultado una gran cosecha de verdades prácticas contra cuya certeza se han embotado y se embotarán constantemente los tiros de los detractores de la medicina. Hizo además en su tratado de *Veteri medicina* una observacion tan lógica, natural y llena de buen sentido que ha sido repetida por todos los que se han ocupado de la cuestion que estamos ventilando. Dice, en efecto: «Si la medicina no fuese un arte como todos los otros, no habria ni buenos ni malos médicos: todos ellos serian igualmente buenos, ó mejor dicho, todos igualmente malos.»

En realidad no puede haber en ramo alguno artistas ni buenos, ni malos, sin que efectivamente exista y reuna mayor ó menor número de verdades el arte á que se dedican.

Es preciso no olvidar que en la experimentacion clínica se consignan una porcion de reglas para obviar las dificultades que la misma nos ofrece, y en su virtud, guiados por una severa crítica, solo concederemos carta de residencia á los hechos que por su constancia y certeza sean dignos de ella, desechando al mismo tiempo lo falaz y lo incierto. Pueden indudablemente presentarse casos en que por mas esfuerzos que haga el médico, no puede disipar las tinieblas que le rodean. En este caso dice muy oportunamente el Dr. Janer: «¿Quién acusaria al piloto de que no gobierna y dirige bien su nave en el caso de faltarle la carta de marear y estar el cielo muy nublado y tempestuoso? Con igual injusticia se acusará al médico de que no conoce y cura las enfermedades en aquellos en que faltan las competentes observaciones, y faltan, de consiguiente, los datos y reglas necesarias para el conocimiento y curacion de aquellas.» Nada tiene de particular que en este caso sea imposible establecer un diagnóstico y pronóstico acertados por falta de datos.